

EL ENSAYO EX-CÉNTRICO: EL CONTRAPUNTEO DE FERNANDO ORTIZ (o algo más que un cambio de nombre)

Celina Manzoni

Universidad de Buenos Aires

Desde que Angel Rama pusiera en circulación en 1974¹ las primeras hipótesis tendientes a transportar la teoría de la transculturación de Fernando Ortiz desde el campo de la antropología y de los complejos fenómenos masivos a los que se refería, al de la invención narrativa, el **Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar** ha ingresado oblicuamente al campo mayor de reflexión sobre la cultura latinoamericana.²

Zonas del discurso literario continental fuertemente marcadas por la heterogeneidad, relegadas a los márgenes en nombre de una “alta” cultura, permanentemente desmentida, encuentran en la teoría de la transculturación de Fernando Ortiz, una posibilidad de pensarse. El reflexivo no es baladí, en tanto culturas fuertemente marcadas por la violenta inclusión en lo que se denomina cultura occidental, tendieron a ser pensadas desde parámetros que permitieron la simplificación de los complejos entrecruzamientos y la ignorancia de las contradicciones en las que esas culturas se asientan.

Cuando Fernando Ortiz en 1940, inventa el término “transculturación”, está ensayando en la lengua un espacio de resistencia. Resistencia en primer lugar a considerar que la cultura que recibe el impacto externo es una cultura pasiva, incapaz de elaborar respuestas creadoras, nuevas, diferentes. Hasta ese momento la antropología hablada de **aculturación**, término con el que significaba el proceso de tránsito de una cultura a otra y las repercusiones que ese tránsito implicaba. Ortiz no cuestiona las transformaciones que el término designa pero observa que por su origen anglosajón, el sufijo **-a** transfiere al castellano un sentido implícito de vacío, de no existencia. En español el énfasis aparece en los aspectos de pérdida, no en los aspectos transformativos que el proceso implica. Es decir que **-a** crea el supuesto de que en el choque entre dos culturas diferentes, una debe aculturarse, perder lo propio para asimilarse a otra cultura, convertirse a otra cultura.

Malinowski, antropólogo de origen polaco (alguien que también escribe desde otros márgenes), acepta entusiasmado la interpretación de Ortiz y concluye que “aculturación” es un vocablo etnocéntrico portador además de una significación moral. La significación moral se daría por el **ad** proveniente del latín que remitiría a un **terminus ad quem**, aquel hacia quien la aculturación se refiere el “inculto” que ha de recibir los beneficios de nuestra “cultura”, el que ha de cambiar para convertirse en “uno de nosotros”.

¹ Angel Rama: “Los procesos de transculturación en la narrativa latinoamericana”, en *Revista de Literatura Hispanoamericana*, n° 5, Universidad del Zulia, Venezuela, abril de 1974.

² La primera edición es de 1940. En 1963 la Dirección de Publicaciones de la Universidad Central de las Villas realiza una segunda edición preparada por el autor, notablemente ampliada. La Biblioteca Ayacucho de Caracas realiza en 1978 una edición que sigue a la de 1963, lo mismo que la de la Editorial de Ciencias Sociales de La Habana de 1983, que es la que utilizo para este trabajo. No he podido consultar la edición de 1940.

Coincide con Ortiz en que a transculturaación es un proceso rico, complejo, largo y difícil del cual emerge una nueva realidad que no es la suma de elementos diferentes sino un fenómeno nuevo, original e independiente. La definición de Ortiz dice: “Entendemos que el vocablo **transculturaación** expresa mejor las diferentes fases del proceso transitivo de una cultura a otra, porque éste no consiste solamente en adquirir una distinta cultura, que es lo que indica en rigor la voz angloamericana **acculturation**, sino que el proceso implica también necesariamente la pérdida o desarraigo de una cultura precedente, lo que pudiera decirse una parcial **desculturaación**, y, además significa la consiguiente creación de nuevos fenómenos culturales que pudieran denominarse de **neoculturaación**” (p.90).

En la definición de ese proceso global, intrincado y violento, Fernando Ortiz analiza el “huracán de cultura” que se abate sobre el mundo caribe en 1492: “Llegaron juntos y en tropel el hierro, la pólvora, el caballo, el toro, la rueda, la vela, la brújula, la moneda, el salario, la letra, la imprenta, el libro, el señor, el rey, la iglesia, el banquero. Se saltó en un instante de las soñolientas edades de piedra a la edad muy despertada del Renacimiento” (p.88).

En párrafos como éste despunta la vigorosa escritura de Ortiz; un ejercicio sostenido que apuntala la originalidad de la construcción del **Contrapunteo** como texto. Se aparta del canon más o menos establecido o más o menos aceptado para el discurso científico y produce un relato que reconoce en su origen un texto literario: la pelea de don Carnal y doña Quaresma en el **Libro de buen amor** del Arcipreste de Hita. Un texto a su vez heterodoxo, de mezcla, producto híbrido del siglo XII que sigue deleitando a los lectores y martirizando a los críticos abrumados por la advertencia del viejo Arcipreste: “muchos leen el libro e tiénelo en poder/que no saben qué leen ni lo pueden entender”³.

Pensado como diálogo, el **Contrapunteo** pone en escena, exhibe, la relación entre el tabaco y el azúcar, dos productos agrarios fundamentales de la economía cubana cuyo contraste articula no sólo la historia económica de Cuba, su contextura étnica y social, sus cambios políticos, sus relaciones internacionales y el mundo simbólico que da peculiaridad a la cultura isleña, sino el propio texto de Ortiz. Tematiza los contrastes mediante una serie de oposiciones que configuran series: lo oscuro y amargo del tabaco arrastra inmigración blanca, pequeña producción, soberanía, cubanidad mientras que lo blanco y dulce del azúcar desata como en cascada trata de esclavos, latifundio, extranjería, coloniaje.

Es así como el texto se constituye desde el despliegue de la diferencia. Desde lo diferente se constituye una cultura y un modo de pensar esa cultura. El procedimiento expansivo del contraste entre las dos plantas se extiende, impregna todo lo que se relaciona con los dos contendientes hasta alcanzar lo cósmico: el agua, el fuego, la tierra y el aire. “El azúcar llega a su destino humano por el agua que la derrite hecha un jarabe; el tabaco llega a él por el fuego que lo volatiliza, convertido en humo. Blanca es la una, moreno el otro. Dulce y sin olor es el azúcar; amargo y con aroma es el tabaco. ¡Contraste siempre! Alimento y veneno, despertar y adormecer, energía y ensueño, placer de la carne y deleite del espíritu, sensualidad e ideación, apetito que se satisface e ilusión que se esfuma, calorías de vida y humaredas de fantasía... medicina y magia, realidad y engaño, virtud y vicio” (p.4).

En torno a estos dos protagonistas de la vida económica y cultural de Cuba, se define también una preocupación muy honda de esa sociedad, cual es la cuestión del nombre: lo que diferencia, distingue e identifica. Una problematización intensa que ha tenido puntos muy altos de elaboración, histórica en Manuel Moreno

³ Ese sentimiento de crítico martirizado es de Alberto Blecua editor e introductor: Juan Ruiz Arcipreste de Hita, **Libro de buen amor** (Madrid: Ediciones Cátedra, 1992), p.XIII.

Fraginals y poética, en Nicolás Guillén. En Ortiz: “El azúcar nace sin apellido propio como esclava. El tabaco desde que nace ya es y se llama **tabaco** (p.35).

En la configuración de esta imagen doble, el ensayista efectúa cruces y traslados de sentido que comprometen la estructura misma del **Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar**. En el inicio mismo del texto, cuando empieza a desgranar las diferencias entre “los personajes más importantes de la historia de Cuba” (p.2) crea una llamada entre parentésis: “(Véase el Capítulo adicional I.)”.

Con esta remisión a un afuera del texto empieza la constitución de otro texto, un texto proliferante por lo demás ya que lleva a XXV el número de los capítulos adicionales que además utilizan 400 páginas de las 481 que ocupa todo el libro. Esta proliferación de los capítulos adicionales exige un tipo de lector, diría que configura lectores y lecturas. El lector puede hacer varios movimientos. Uno de ellos es interrumpir la lectura del cuerpo llamado **Contrapunteo...** y dirigirse al Capítulo adicional I que encabeza no previsiblemente, un segundo cuerpo llamado “Capítulos adicionales”. Allí se le explica que lo que viene leyendo es un ensayo esquemático por lo que le conviene la lectura de esos capítulos adicionales cuyo índice se le proporciona. Si el lector interpreta estos capítulos adicionales como notas al pie, se encuentra con que la primera nota cuestiona la lectura al desautorizar la escritura. El primer movimiento es de perplejidad y podría conducir paradójicamente a la paralización.

Si superada la perplejidad, el lector sigue las indicaciones del autor, armará un texto fragmentado en el que el vaivén y el ritmo de pasaje, de cambio y de transformación, realizará un tipo de experiencia, mientras que si elige leer primero el cuerpo del ensayo y luego lo adicional, conformará dos libros. El lector del **Contrapunteo** se encontrará así ante una situación equiparable a la del lector de **Rayuela** ante el “Tablero de Dirección”. Con algunas diferencias: mientras que el “Tablero de Dirección” ingresaría en la incómoda zona de lo paratextual, en el caso de Fernando Ortiz las instrucciones para el lector aparecen cuando el texto ya ha sido puesto en movimiento. Y es desde ese movimiento ya iniciado que se plantea la posibilidad de leer un libro entremezclado con otro libro o la de leer dos libros.

Cortázar también dice que **Rayuela** es muchos libros pero sobre todo, dos libros. En el juego nada gratuito de las traslaciones propone: “...este libro es muchos libros pero sobre todo es dos libros...”. Don Fernando Ortiz no explicita su tablero de dirección, apenas realiza el gesto que insinúa la posibilidad de un ritmo.

Quienes lo siguen reciben el inmediato premio de reconocer que si bien el primer libro concebido como un relato o mejor como una disputa medieval, no carece de observaciones científicas, es en el segundo, nombrado como lo que se suma, lo que se agrega, y aparentemente concebido como la zona de lo superfluo, donde aparece la definición de “transculturación” que el eminente antropólogo Malinowski glosa en el prólogo que acompaña al texto desde la primera edición en 1940.

El capítulo adicional I llamado “Del ‘Contrapunteo’ y sus capítulos complementarios”, equivaldría al “Tablero de Dirección”, es decir, la clave de la lectura futura del libro y el capítulo adicional II desarrolla el concepto científico de transculturación. Pero, en el capítulo adicional I se introduce otro desplazamiento y es el que modifica el orden de los capítulos adicionales. Diremos que estos capítulos adicionales, reproduciendo en apariencia el movimiento de contrapunteo de la primera parte, constituyen a su vez dos cuerpos: uno referido al tabaco: “Transculturación del tabaco cubano” y otro al azúcar: “Inicios del azúcar y de la esclavitud de negros en América”. El autor escribe un índice es

decir, un recorrido, sobre cada uno de los cuerpos. En el primer cuerpo, los capítulos van consecutivamente del II al X; luego se salta del X al capítulo XIX, entonces se retoma el orden hasta el XXII desde dónde se pega un salto al XXV. Con los restos, es decir, con los capítulos salteados en el primer cuerpo, esos ausentes (es decir: los que van del XI al XVIII y el XXIII y el XXIV), constituye el segundo cuerpo, el dedicado al azúcar que resulta así doblemente adicional, doblemente subsidiario. Construido como excrecencia, significa, realiza la imagen de lo tumoral, de la enfermedad, que el ingenio azucarero asume en la visión de Ortiz.

Pero, si la organización en dos cuerpos de los **Capítulos adicionales** responde a la manifiesta voluntad de agruparlos “por sus asuntos” (p.84), caben dos preguntas: 1) ¿por qué no se sigue en el índice el orden lógico, racional, esperado? y 2) ¿por qué en el cuerpo escrito no se sigue el orden del índice, orden trastornado pero orden al fin? A la ruptura del orden de los factores se suma la ruptura en el orden de los productos. En la escritura, el capítulo X referido al orden del tabaco es sumisamente seguido por el capítulo XI referido al orden del azúcar según el índice. De nuevo el cruce, la mezcla y la convicción creo yo, de que la excrecencia es inseparable de la escritura del cuerpo como es inseparable del cuerpo de la Historia.

Todo el libro es un texto científico concebido dentro de un orden distinto del habitual ya desde su primera redacción. Las elecciones oblicuas de Fernando Ortiz se emparentarían en ese sentido con el movimiento de “un caballo de ajedrez que se moviera como una torre que se moviera como un alfil”⁴ que caracteriza al pensamiento de la Maga pero también a la constitución de los textos del contemporáneo de Ortiz: Lezama Lima. En ese sentido y un poco al margen también, es curioso advertir un sabor del estilo lezamiano en muchos momentos de la prosa de Ortiz: “Y para la vista, ¿no es a veces el cigarro que se fuma por el mozalbete un símbolo gozado de su anticipada hombría?” (p.7), que corroboraría el imaginario (tantas veces negado, por lo demás), que relaciona tabaco y masculinidad.

El efecto de lectura del procedimiento inaugurado por Ortiz, y aquí apenas esbozado, es el de un análisis científico contaminado por la mezcla, la heterogeneidad, los cruces, las rupturas, los cambios de dirección y de ritmo que hacen diferente, otra, a la cultura caribeña. En ese movimiento de ida y vuelta la palabra científica pone en juego una racionalidad construida sobre marcas y pautas diferentes de la habitual.

El texto de Fernando Ortiz construye una legalidad textual científica que crea sus propios modos de relacionamiento con el mundo, por ello en lo suyo hay algo más que un cambio de nombre. Si en su análisis confluyen diversas disciplinas: historia, sociología, antropología, economía, química, física, mecánica y etnografía, el resultado no es la suma sino un producto nuevo, diferente, traspasado por la mezcla. En este sentido pienso que el **Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar** se realiza como un texto de pura transculturación. Al modo de los narradores, pero en otro terreno, construye un texto científico apasionante y original en el que no sólo nombra y define al concepto sino que en su propia producción lo realiza.